

## Inquietud

Estoy sumamente inquieto, no puedo concentrarme en nada, no puedo dormir, no puedo leer. Segundo a segundo me vuelve la misma pregunta: ¿morirá con los chocolates que le traje o no será suficiente? Por supuesto que no soy tan estúpido de mandarle chocolates envenenados, cosa que me hubiera encantado, pero si contienen cianuro o algún otra sustancia, los investigadores y los químicos acaban por saberlo y ahí empiezan las suposiciones, las persecuciones y yo no quiero terminar en la cárcel el resto de mi vida.

En Estados Unidos terminaría en la silla eléctrica o me dormirían con alguna inyección intravenosa. No inmediatamente. Allá te dejan años y años vivo para que sufras pensando que día a día se aproxima la hora de la muerte, como si eso no es lo que nos pasa a todo el mundo. La diferencia que allá existe una fecha determinada. Te mueres el tres de abril del año 2015 a las ocho quince de la mañana. Ni un minuto antes ni un minuto después. Existen criminales que han esperado en la cárcel más de veinte años a que les llegue la hora fatal. Veinte años en que por fuerza ellos ya no son los mismos que cometieron el crimen. Ya tuvieron miles y miles de horas para arrepentirse, para cambiar, para cultivarse, para dejar por fuera sus pasiones que los llevaron a cometer el ilícito. Los matan pero están matando a otro. Por eso pienso que los que lo hacen son igual o más criminales que el sentenciado. Lo hacen igual que ellos, con alevosía, premeditación y ventaja, una ventaja gigantesca pues tienen la seguridad de que saldrán siempre victoriosos, de que no corren ningún riesgo. Los criminales primarios se tuvieron que enfrentar la mayoría de las veces a su enemigo, después a la policía, a los ciudadanos que lo vieron y que tratan de agarrarlo, a los familiares de la víctima que quieren lincharlo. Los verdugos no se tienen que enfrentar a nada. Terminan de matar y se van

tranquilamente a desayunar sus hotcakes, su orange juice, su vaso de milk y su yogurt con miel mientras comentan el último juego de base ball o la pelea de box que vieron en la tele.

Aquí no es así. Cuando mucho te dan cadena perpetua que no es tan perpetua pues si tienes dinero saldrás mucho tiempo antes. Pero yo no estoy dispuesto a estar un solo día encerrado pues soy claustrofóbico. ¿Se pueden imaginar a un claustrofóbico encerrado por vida? Primero me mato.

Estoy hable y hable de matar, primero al otro, después digo que yo me mato. Van a pensar los que leen esto que soy obsesivo y la verdad que no. Antes de esta fecha jamás había pensado que yo fuera capaz de matar, como dicen, ni a una mosca, aunque confieso que sí he matado a muchas, a muchísimas. ¡Las odio! Quizás donde ustedes viven no hay tantas. Alguna que se mete por la ventana y da algo de guerra. Aquí, donde vivo, no es una, son miles. Si estás comiendo y te distraes un minuto tu plato cambia de color. Ahora es negro por la cantidad de moscas que están tratando de comer tu comida. Si duermes con la boca abierta se meten a ella y al rato estás escupe y escupe moscas. No señores, no me digan que yo las he de fomentar, que he de ser sucio. Y no lo soy, es más, si soy un poco obsesivo con la limpieza, además he puesto desde papel donde se adhieren, sprais matamoscas, dedete, flit y todo lo que se les pueda ocurrir. Mueren algunas pero son sustituidas en segundos por otras; otras más negras y con más hambre. También he matado moscos, alacranes, alguna araña, un conejo que se atravesó en mi camino en la carretera y un canario al que se me olvidó que tenía que ponerle agua de vez en cuando.

Ya son muchas muertes. Pero ninguna como la que vengo planeando desde hace meses, bueno, para ser específico desde que me casé y eso que ya llevo doce años de matrimonio. Repito que jamás pensé matar a alguien y menos que nada a una mujer. A las mujeres yo las respeto mucho, muchísimo, pero ésta... Sí, ésta parece que nació marcada por el destino

para que me hiciera la vida de cuadritos. Esa es su misión. Ninguna otra. “Irás a la tierra para fregar a Manuel, fregarlo mañana, tarde y noche” le dijo el Supremo. Y bien que lo ha cumplido la desgraciada. Durante años pensé que es lo que hace en la noche cuando no la veo, cuando duermo. Ahora lo sé. Hace listas -primero las hacía a mano, ahora las hace en computadora-, listas donde anota todo lo que pueda molestarme, que son cientos de cosas, lo reconozco. Escoge unas diez por día y a darle. Yo ya vi algunas de esas listas pues la muy...no las ha borrado del aparato y no sabe que otra persona puede abrir su página. Es mala pero tonta.

Voy a la lista: Servirle la sopa tibia, dejar el periódico en el patio para que lo rompa el perro, colgar en el baño medias y ropa interior mojadas para que se sequen, poner música grupera al levantarse, preguntarle varias veces si ya fue al banco a pagar, si ya depositó el cheque, si ya hizo esto o lo otro; decirle que su mamá no lo hubiera hecho tan bien como una, preguntarle por qué tiene esa barriga, no darle los recados de la gente que le habló a la casa, decirle que tal actor es mil veces más guapo que él, pedirle que no coma así con la boca abierta pues es mal ejemplo a los niños, esconderle sus cigarrillos y etcétera, etcétera, etcétera.

¡Bruja! Es lo que es. Bruja diabética. Esa es una de mis pocas alegrías, que sea diabética. Si algo le gusta en la vida, además de molestarme, es comer y comer chocolates. Su doctora por supuesto se los prohibió. Y sufre con eso, sufre mucho. Y yo me cago de la risa cada vez que se queja. Me imagino que a estas alturas del partido ya saben de quién estoy hablando. ¿Dice que es mi mujer? No, por Dios, a mi mujer la amo, la idolatro. Tan la amo que dejé, desde el principio del matrimonio, que trajera a vivir a su santa madre. “Pobrecita, está tan sola desde que se murió mi papá” Y ahí va el pendejo a decirle que venga, que al fin nos sobra una recámara. Bueno, ya lo saben. Se trata de mi suegra. Ayer fue su cumpleaños. Cumplió apenas cincuenta y ocho. Si hubieran sido ochenta o

algo así me daría esperanzas. Ni modo, si no muere de vieja se tiene que morir de algo. Pensé muchas formas de eliminarla. Primero las clásicas: el balazo, el ahorcarla, el arrojarla del auto en movimiento, en darle con un bat en la cabeza. Esto último jamás le haría nada pues tiene la cabeza dura, dura, dura. Lo mejor era envenenarla. Eso para mí estaba claro. ¿Pero cómo? Si mi mujer sospecha...Y no es difícil pues siempre me dice que aquí vivimos su madre y yo como perros y gatos. Semanas y semanas pensé la forma. Y nada. Hasta que se me ocurrió.

No es por presumir pero soy muy hábil con la computadora. Con ella hice una bonita etiqueta que aparte del dibujo atrayente de un chocolate derritiéndose en la boca, decía más o menos: Disfrute de nuestros chocolates sin azúcar. Son una delicia al paladar. Propia para personas que deseen adelgazar y para los diabéticos. Puede comerse los que quiera. Compré una caja grande y a cada chocolate le agregué más azúcar. Se los di anoche cuando regresé del trabajo. Todos los demás regalos pasaron a segundo término. Abrió la caja y se comió tres frente a nosotros. Mi esposa le dijo que no, que le iban a hacer daño. Le enseñó la etiqueta. Estoy seguro que se zampó el resto durante la noche. Por eso mi inquietud para saber cómo amaneció...si es que amaneció.

Tomás Urtusástegui

Julio 2006